Vida Cotidiana

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Traigo un tema obsesivamente rondando en mi mente. Y una necesidad de escribirlo, de decirlo, de explicarlo. El peligro es que vayan a creer que soy muy católica, muy como del opus dei. O peor: que soy panista.

No. Por Dios santo que no. No estoy afiliada a ningún partido, ni física ni espiritualmente. No me siento como perteneciente a ninguna iglesia. Creo que sigo siendo librepensadora y guadalupana. Y feminista, siempre.

El caso es que hoy me siento Séneca, me siento Sócrates, me siento Fernando Savater. Lo religioso capaz que se le quita a uno. Pero, ¿la moral? ¿La ética? ¿Los malestares que se sienten frente a lo falso, lo injusto, lo deshonesto? ¿Las ansias que dan cuando sientes que los "valores" actuales no valen tanto como parecen? Y luego, esa vocación pedagógica. Eso que mis hijos me han dicho siempre: Ay, mamá, es que tú eres tan educativa...

Lo digo con miedo. Pero de repente, el otro día, me encontré revalorando viejos conceptos como "abnegación" y como "sacrificio" Algo tan prohibido y condenado después del feminismo y las teorías psicoanalíticas como ese "vivir para los otros".

Qué sorprendente resulta, de pronto, comparar la moral de este nuevo milenio con la moral vieja, aquélla en la que fui educada. Ahorita, en muchísima gente joven, y hasta en alguna no tan joven, lo que priva es una ética de buscar lo agradable, lo que te guste, lo que menos esfuerzo te cueste. Y no olvidemos el rollo de la "autoestima", que muchísima gente entiende como "hay que vivir para uno mismo, no para los demás".

Cuántas mujeres conozco que, después de muchos años de abnegaciones y sacrificios, un buen día deciden mandar todo a la porra. Y se van al otro extremo. O eso creen. Como si los nuevos pecados mortales fueran servir, ayudar, privarse de algo por ayudar al otro sobre todo si es varón. Esa idea de creer que si eres buena es que eres tonta.

Rotmi Enciso

Todo esto tiene que ver con una imagen malentendida del feminismo. Y claro, con muchos años de permitir que los demás abusen de "tu bondad". Y hoy se me antoja, una vez más, aclarar lo que hay de fondo. Para las niñas, para las jóvenes, para nuestros hijos. Para mis amigas que se azotan creyéndose idiotas porque hicieron un acto de abnegación.

Me gustaría hacer una declaración de principios.

Hoy, a mis casi cincuenta y dos años, creo que:

1. El feminismo no es un individualismo. 2. Que el feminismo no es una pura guerra o batalla. 3. Que finalmente lo que buscamos es

vivir en armonía y en justicia con los demás. 4. Que la batalla puede ser un medio, pero jamás un fin en sí mismo. 5. Que el feminismo es un movimiento civilizador y ético, además de político. Y que, por lo tanto, se parece en algunas cosas a las grandes filosofías, a las grandes tradiciones éticas. 6. Que el feminismo no es un egoísmo, ni una venganza, ni un berrinche. Es un humanismo.

O sea, lo que les quisiera decir a las chavas y a los chavos y a las ya mencionadas mujeres es que la abnegación es un valor.

Pero: no es lo mismo ser abnegada a fuerzas, cuando ni sabes qué es eso ni cómo te cayó ese chahuistle ni por qué te obligan a ciertas cosas que tú no querías. Cargas tu cruz, y te callas y te aguantas y punto. Eso es esclavitud y ni siquiera tiene el menor valor moral. En este caso, en efecto, el pecado es no rebelarse.

Pero si tú, porque te da la gana, y lo pensaste bien, y lo decidiste con toda tu inteligencia y con toda tu voluntad, quieres sacrificar algo por el otro, eso es un valor. Eso es un acto con gran valor humano, con gran valor moral. Es un acto perfectamente feminista, inteligente y maduro.

La diferencia está en saber si quieres o no quieres.

Lo cual no significa que todo lo que quieras hacer sea muy lindo, muy agradable, muy padre. Es decir, no escoges hacer algo sólo con el criterio de que te guste. Uno a veces elige hacer cosas que no le gustan. Que son horribles. Que son muy desagradables y difíciles y cansadas y molestas. Pero las elige uno porque cree que tienen sentido. Que vale la pena pasar por algo arduo porque finalmente se logrará algo superior.

O sea: no es lo mismo querer algo que que me guste algo.

Pienso en aquél que me dijo: es de que no ido al hospital a visitar al enfermo porque a mí los hospitales es de que me deprimen mucho.

Y luego, lo que sigue es: si lo elegiste, no te quejes. Acéptalo. No estés todo el día mentando madres y diciendo, todo yo, todo yo, todo yo. Eso pasa cuando uno siente que no eligió, que alguien externo lo obliga a uno a hacer lo que no quiere hacer.

Lo dificilísimo de este asunto es: ¿Yo lo elegí? ¿O me lo impusieron? Y es dificilísimo porque la mayoría de las veces uno no sabe. Uno revuelve: como me choca, como es difícil y trabajoso, deduzco que yo ni quería. Pero a veces, la mayoría de las veces, uno sí quiso. Uno aceptó. "Vénganse a comer". Y luego: "Pobre de mí, no es justo, estoy harta, tengo que lavar tantos trastes". Pero una de las netas de la vida es que casi siempre, si quieres fiesta, el precio es el tiradero. Si no quieres tiradero, no hagas fiesta. (Opciones: contrata un servicio de meseros o ayudantes. Habla con tus hijos para que laven, entre todos, los trastes. Usa platos desechables. Etcétera).

En el fondo lo que subyace en este tema es esa actual filosofía light de lo "agradable". Un hedonismo ligerito, ligerito. Lo que sea placentero, está bien. Lo que sea desagradable, está mal. (Pienso mucho en la actitud moderna de muchísimos empleados. Aquella antigua actitud de servicio ya casi no existe. Porque qué hueva esforzarse por atender a un cliente. Qué molesto. Yo por qué). Por lo tanto, hacemos lo menos posible. Nos esforzamos lo menos posible. Y entonces pagamos el precio.

El precio es quedarnos con una vidita light, egocéntrica y pobre. No hay mucho qué hacer con eso. Al final resulta muy aburrido practicar todo el tiempo y únicamente eso de me voy a querer a mí misma y voy a estar conmigo misma y me voy a apapachar a mí misma.

No, queridos niños. No, queridas niñas. Finalmente, lo mejor de esta vida es hacer algo por los demás. Todo trabajo, toda creatividad es finalmente para los otros (y por añadidura, de retache, para uno mismo). Aquí y en China, y en todas las épocas, los mejores hombres y las mejores mujeres de nuestra historia son los que han dado algo de sí mismos para los otros. Y no sólo en cositas agradables, en detalles monos, un día que tuvieron ganas. Pienso en heroísmos, en sacrificios verdaderos, en trabajo agotador.

Pero muy aceptado, muy querido, muy porque así lo decidieron. Porque le encontraron sentido.

Lo curioso es que la mayoría de las mujeres tenemos esa capacidad maravillosa. Ha de ser genética. Tenemos una enorme sensibilidad, un gran corazón, un gran sentido de la solidaridad y de la misericordia. Tenemos el cuerpo y el espíritu esencialmente generosos. Por siglos abusaron de muchas de nosotras. Y al ser obligatorio, sin elección, lo que era un valor pareció convertirse en una indignidad. Pero hoy y siempre, si queremos, podemos recobrar esa virtud. No la neguemos. No nos avergoncemos de ella. No es un defecto. Es un lujo y una riqueza.